

los paganos, temiendo que el matrimonio sirviese de freno á esta deplorable pasion, quiso destruir este sagrado lazo, permitiendo una brutal confusion entre los hombres como entre los animales, y que el linaje humano solo se multiplicase á costa de maldades; quanto mas universal era este vicio, tanto mas perdia de este nombre; y con todo eso, ¿qué diluvio de males no derramó sobre la tierra? ¿con qué furrores no armó los pueblos contra los pueblos, los reyes contra los reyes, la sangre contra la sangre, los hermanos contra los hermanos? En todas partes introdujo la confusion y la rabia, é hizo temblar al universo; las ruinas de las ciudades, las reliquias de los imperios mas florecientes, los cetros y las coronas trastornadas, eran los públicos y lúgubres monumentos que levantaba cada siglo, para conservar, al paracer, á las futuras edades la memoria y la tradicion funesta de las calamidades con que este vicio habia continuamente afligido al género humano: él mismo era un fondo inagotable de confusiones y pesares para el hombre que se entregaba á él sin medida; prometia la paz y los placeres; pero siempre le seguian los celos, las sospechas, los furrores, los excesos, los disgustos, las inconstancias y los tristes pesares: llegó á tanto exceso, que se vió autorizado con las leyes, con la religion y con el universal ejemplo, de modo que aun en aquellos siglos de oscuridad y corrupcion, solo el amor al sosiego pudo apartar de él á un cortó número de sábios.

Pero este motivo era muy débil para detener el impetuoso curso y apagar el fuego en los corazones de los hombres; habia necesidad de mas poderoso remedio, y este fué el nacimiento del Salvador, que vino á sacar á los hombres de aquel abismo de corrupcion para que quedasen puros y sin mancha, á desatarlos de aquellos vergonzosos lazos y á

darles la paz, restituyéndoles la libertad y la inocencia que les habia quitado la servidumbre y tiranía de este vicio. Nació de una madre Virgen y la mas pura de todas las criaturas; con esto solo ya dió honor á una virtud desconocida en el mundo, y á la que aun su mismo pueblo miraba como oprobio. Además, uniéndose á nosotros se hizo nuestra cabeza, nos incorporó consigo mismo, nos hizo miembros de su místico cuerpo, de aquel cuerpo que recibe el influjo de sí mismo, de aquel cuerpo en el que son santos todos los miembros, que debe estar sentado á la diestra de Dios vivo y glorificarle por todos los siglos.

Ved, católicos, á qué grado de honor ensalzó Jesucristo nuestra carne en este misterio. Hízola templo de Dios, santuario del Espíritu Santo, parte de un cuerpo en que reside la plenitud de la Divinidad, el objeto de la complacencia y amor de su Padre. ¿Pero nosotros no profanamos aún este santo templo? ¿no hacemos aún servir á la ignominia los miembros de Jesucristo? ¿respetamos acaso nuestra carne despues que es una porcion santa de su cuerpo místico? ¿no ejerce aún esta pasion vergonzosa la misma tiranía sobre los cristianos, esto es, sobre los hijos de la santidad y de la libertad? ¿no turba aún la paz del universo, la tranquilidad de los imperios, el sosiego de las familias, el orden de la sociedad, la buena fe de los matrimonios, la inocencia de los comercios y la suerte de cada particular? ¿no ofrece aún todos los dias al mundo espectáculos trágicos? ¿respetamos los mas sagrados vínculos ni los mas respetables caractéres? ¿hace caso de ninguna obligacion? ¿cuenta ni aun con los respetos? ¿no hace aun de la misma sociedad una confusion terrible, en la que la costumbre ha borrado todas las reglas? Vosotros los que me escuchais, decidme: ¿de dónde os han venido todas las desgracias y pesares de

vuestra vida? ¿no es de esta la deplorable pasión? ¿no es ella la que ha arruinado vuestra fortuna, la que ha introducido las inquietudes y divisiones aun en el recinto de vuestra casa, la que ha consumido el patrimonio de vuestros padres, la que ha deshonrado vuestro nombre, arruinado vuestra salud, y os ha hecho pasar una vida triste é ignominiosa en la tierra? ¿no es á lo menos la que actualmente despedaza vuestro corazón, cuya posesión tiene? ¿Qué es lo que pasa dentro de vosotros, sino una tumultuaria revolución de temores, de deseos, de celos, de desconfianzas, de disgustos, de atrocidades, de despechos, de pesares y de furioses? ¿habeis tenido un instante de paz después que esta pasión manchó vuestra alma y se introdujo á turbar todo el reposo de vuestra vida? Haced que renazca Jesucristo en vuestro corazón, porque él solo puede ser vuestra verdadera paz; arrojad los espíritus impuros y estará pacífica la casa de vuestra alma. Hacedos hijo de gracia, pues la inocencia es sola la raíz de la tranquilidad.

Finalmente, el nacimiento de Jesucristo reconcilia á los hombres con su Padre, une á los gentiles con los judíos, destruye todas las odiosas distinciones de griego y de bárbaro, de romano y de escita, apagó todas las enemistades y todos los rencores, de todos los pueblos hizo un solo pueblo, de todos los discípulos un corazón y una alma, último género de paz que vino á traer á los hombres. No estaban éstos unidos antes ni por el culto, ni por una común esperanza, ni por la nueva alianza, que en un enemigo nos manifiesta un hermano; casi se miraban como criaturas de diferente especie; la diversidad de religiones, de costumbres, de países, de idiomas, de intereses, parece que había diversificado entre ellos la misma naturaleza; apenas se conocían mutuamente por la figura de hombres, que era la

sola señal de unión que aun les quedaba; exterminábanse como bestias feroces, ponían su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes y en llevar en triunfo sus cabezas ensangrentadas, como ilustres monumentos de sus victorias; parece que se podía decir que todos descendían de diversas criaturas irreconciliables: ocupados siempre en destruirse, parece que no habían venido á la tierra mas que á vengar su querrela y á terminar sus diferencias con la extinción universal de uno de los dos partidos. Todo dividía á los hombres; solamente los unían las pasiones é intereses, los que eran la única raíz de su división y discordia.

Pero Jesucristo fué nuestra paz, nuestra reconciliación, la piedra angular que une y ata todo el edificio, la cabeza vivificadora que une todos sus miembros y hace de ellos un solo cuerpo; todo lo que nos une con él nos une entre nosotros; uno mismo es el espíritu que nos anima, la esperanza que nos sostiene, el pecho que nos cria, la cuna que nos junta y el pastor que nos guarda. Somos hijos de un mismo padre, herederos de unas mismas promesas, ciudadanos de la misma eterna ciudad y miembros de un mismo cuerpo.

Ahora bien, católicos, ¿tantos sagrados lazos han bastado para unirnos entre nosotros mismos? El cristianismo, que no debía ser mas que la unión de los corazones, el lazo de los fieles entre sí y de Jesucristo con los fieles, que debía figurar en la tierra la paz del cielo; este cristianismo no es mas que un teatro fatal de disensiones y guerras; la guerra y el furor parece han establecido entre los cristianos una eterna mansión; la religión, que debía unirlos, es la que los divide; el infiel, el enemigo de Jesucristo, los hijos del falso profeta que no vino á traer mas que la guerra y la carnicería entre los hombres, están en paz, y los hijos

de la paz, los discípulos de aquel Señor que vino hoy á traerla á los hombres, tienen continuamente en la mano el hierro y el fuego para valerse de ellos unos contra otros: atrevome á decirlo en la presencia de un príncipe que mil veces ha preferido la paz á las victorias; los reyes se levantan contra los reyes, los pueblos contra los pueblos, los mares que los separan los reúnen para que se destruyan; un vil monton de piedras excita su furor y su venganza, y las naciones enteras van á perecer y sepultarse debajo de sus murallas para disputar á quién han de pertenecer sus ruinas. No basta la tierra á contenerlos, ni para mantener á cada uno dentro de los límites que la misma naturaleza parece habia puesto á los Estados é imperios. Cada uno quisiera usurpar algo á su vecino, y un miserable campo de batalla que apenas puede servir de sepultura á los que le han disputado, es el premio de los arroyos de sangre con que queda teñido para siempre. ¡Oh divino reconciliador de los hombres, volved otra vez á la tierra, pues la paz que naciendo nos trajisteis, padece aún tantas guerras y calamidades en el universo!

Aun mas. El recinto de las ciudades que nos une bajo de unas mismas leyes, no une los corazones ni los afectos; los rencores y los celos dividen á los ciudadanos del mismo modo que á las naciones, las venganzas se perpetúan en las familias, y los padres se las dejan á los hijos como una herencia de maldicion. Por mas que la autoridad del príncipe desarme el brazo, no desarma los corazones. Por mas que quite la espada de las manos, se hiere al enemigo mucho mas cruelmente con la espada de la lengua. El rencor obligado á encerrarse en lo interior, se hace mas profundo y mas amargo, y el perdonar es una flaqueza que afrenta. ¡Oh católicos, vino Jesucristo en balde á la tier-

ra! Vino á traernos la paz y dejárnosla como herencia suya, ninguna cosa nos encargó tanto como el que nos amásemos, y parece que la union y la paz han sido destruidas de entre nosotros. Los rencores dividen aún la corte, la ciudad, las familias, y aquellos á quienes los puestos, los intereses del Estado, la cortesía ó á lo menos la sangre debiera unir, se despedazan, se consumen, quisieran destruirse y levantarse los unos sobre las ruinas de los otros. La religion que en nuestros enemigos nos representa nuestros hermanos, no es oida; la amenaza que nos hace esperar el que Dios use con nosotros la misma severidad que nosotros usamos con nuestros hermanos, no nos mueve; y todos estos motivos tan capaces de ablandar el corazon, dejan aún en él toda la amargura del rencor. Vivimos tranquilamente en este horroroso estado. La piquidad de nuestras quejas contra nuestros enemigos calma en nosotros la injusticia de nuestro rencor y del aborrecimiento que los tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazon en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos. Es porque ya están casi apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unámonos, pues, con Jesucristo que nace, contemplemos el espíritu de este misterio, demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones: *Amen.*

